

nuestra voluntad, te daremos muerte». — «Acepto voluntariamente la muerte, pero jamás adoraré al demonio». — «Mas ¿qué mal hay en decir: *Señor César*, y sacrificar, para salvar la vida?» — «No lo haré, prefiero morir». — «Jura por la prosperidad del César y profiere injurias contra tu Cristo», le dijo el juez. Respondió el Santo: «¿Cómo podría proferir yo injurias contra mi Dios? hace ochenta años que le sirvo, y sólo bienes he recibido de su misericordia». El pueblo, enfurecido, al ver la manera como el santo respondía al juez, clamaba: «Es el doctor del Asia, el padre de los cristianos, entregádnoslo». — «Oyeme, juez, dijo el santo obispo, he aquí mi religión: ¡soy cristiano, sé sufrir, sé morir, y sé abstenerme de proferir cualquiera injuria contra mi Salvador Jesucristo, quien tanto me ha amado y tanto merece ser amado!» — «Si no quieres obedecerme, te haré abrasar en vida». — «El fuego con que me amenazas, sólo dura un momento; mas tú no conoces el fuego de la divina justicia, que abrasará eternamente a los impíos. ¡Por qué te detienes? he aquí mi cuerpo, dispuesto a sufrir cuantos tormentos puedas inventar». Todos los paganos pusiéronse a gritar: «Merecedor es de muerte, sea quemado vivo». ¡Ay! aquellos desgraciados se apresuran a preparar la hoguera cual una turba de energúmenos, y mientras tanto San Policarpo se prepara a morir dando gracias a Jesucristo por haberle hecho participante de su precioso cáliz. Una vez encendida la pira, prendieron al Santo y le arrojaron a ella; pero las llamas, menos crueles que los verdugos, respetaron al Santo, y envolvieron su cuerpo como en un velo, sin que recibiera daño alguno: lo cual obligó al tirano a apuñalarle en la misma hoguera. Derramóse la sangre en tanta abundancia, que llegó a extinguir totalmente el fuego (1). Aquí tenéis, H. M., lo que se

(1) Ribadencyyra, 26 de enero.

llama amar a Dios perfectamente, o sea amarle más que a la misma vida. ¡Ay! en el desgraciado siglo en que vivimos, ¿dónde hallaríamos cristianos que hicieran esto por amor de su Dios? ¡Ay! ¡cuán escasa cosecha de ellos se haría! Pero también, ¡cuán raros los que al cielo lleguen!

Hemos de amar a Dios en agradecimiento de los bienes que de El continuamente recibimos. El primer beneficio con que nos favorece es el habernos creado. Estamos dotados de las más bellas cualidades: un cuerpo y un alma formados por la mano del Omnipotente (1); un alma que no perecerá jamás, destinada a pasar su eternidad entre los ángeles del cielo; un alma, digo, capaz de conocer, amar y servir a Dios; un alma que es la obra más hermosa de la Santísima Trinidad, un alma tan excelente, que sólo Dios está por encima de ella. En efecto, todas las demás criaturas terrenas perecerán, mas nuestra alma jamás será destruída. ¡Oh Dios mío!, por poco penetrados que estuviésemos de la grandeza de este beneficio, ¿no emplearíamos por ventura toda nuestra vida en acciones de gracias, al conocernos poseedores de tan precioso don?

Otro beneficio no menor, H. M., es el don que el Padre Eterno nos hizo de su divino Hijo, el cual sufrió y experimentó tantos tormentos a fin de lograr nuestro rescate, cuando habíamos sido vendidos al demonio por el pecado de Adán. ¿Qué otro mayor beneficio podía concedernos que instaurar una religión tan santa y consoladora para quienes la conocen y aciertan a practicarla? Dice San Agustín: «¡Ah! hermosa religión, si eres tan despreciada, es porque no eres conocida». «No, H. M., nos dice San Pablo, ya no os pertenecéis, puesto que habéis sido rescatados por la sangre de un

(1) Manus tuae fecerunt me et plasmaverunt me totum in circuitu (Iob., X, 8).

Dios hecho hombre» (1). «¡ Oh ! hijos míos, nos dice San Juan, ¡ cuánto honor para unas viles criaturas cual nosotros, haber sido adoptados como hijos de Dios y hermanos de Jesucristo ! ¡ Mirad qué caridad ha tenido para con nosotros el Padre, al querer que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos verdaderamente (2), y al juntar además con tan gloriosa cualidad la promesa del cielo !»

Examinad además, si queréis, los beneficios particulares con que nos ha enriquecido : nos hizo nacer de padres cristianos, nos ha conservado la vida, con todo y portarnos como enemigos ; nos ha perdonado muchos pecados, y nos ha prodigado innumerables gracias durante nuestra vida. Al considerar todo esto, H. M., ¿ será posible que dejemos de amar a un Dios tan bueno y dadivoso ? ¡ Oh Dios mío ! ¿ qué desgracia es a ésta comparable ? Leemos en la historia que cierto hombre había extraído una espina del pie de un león ; el cual león fué más tarde cazado y encerrado en el foso con otros que allí se guardaban. Aquel hombre que le había extraído la espina, fué condenado a ser devorado por los leones. Al estar en el foso, fué reconocido por el león, el cual no sólo no quiso atacarle, sino que se arrojó a sus plantas y se dejó destrozar por las demás fieras defendiendo la vida de su bienhechor.

¡ Ah ! y nosotros tan ingratos, ¿ dejaremos transcurrir nuestra vida sin portarnos de manera que nuestros actos sean expresión de gratitud para con Dios Nuestro Señor, por los grandes beneficios que nos tiene concedidos ? Considerad, H. M., si alcanzáis a ello, ¡ cuál será nuestra vergüenza el día en que el Señor nos muestre el agradecimiento de que dieron prueba las bestias ante el menor beneficio que de los hombres recibieron, al paso que nosotros, colmados con

(1) Non estis vestri. Empti enim estis pretio magno (I Cor., VI, 19-20).

(2) I Ioan., III, 1.

tantas gracias, luces y bienes de toda clase, lejos de dar gracias a Dios, sólo sabemos ofenderle ! ¡ Oh Dios mío ! ¡ qué desgracia es a ésta comparable ! Refiérese en la vida de San Luis rey de Francia, que, durante su expedición a Tierra Santa, un caballero de su cortejo fué de cacería y oyó en la selva los gemidos de un león. Acercóse al lugar de donde el ruido procedía, y vió a un león que tenía una gran serpiente enroscada en la cola y comenzaba ya a chupar la sangre de la fiera. Habiendo logrado dar muerte a la serpiente, quedó tan reconocido aquel león, que se puso a seguir al cazador como un cordero sigue a su pastor. Como debiese el caballero atravesar el mar y no pudiese entrar el león en la nave, la siguió a nado, hasta que perdió la vida sepultado en las aguas. Hermoso ejemplo, H. M. : ¡ una bestia perder la vida para testimoniar gratitud a su bienhechor ! y nosotros, lejos de testimoniar nuestra gratitud a nuestro Dios, ¡ no cesamos de ofenderle y ultrajarle con el pecado ! Nos dice San Pablo que aquel que no ama a Dios, no es digno de vivir (1) ; en efecto, o debe el hombre amar a su Dios, o dejar de vivir.

Digo que debemos amar a Dios porque El nos lo manda. San Agustín, hablando de este mandamiento, exclama (2) : « ¡ Oh precepto estimable ! ¡ Dios mío ! ¿ quién soy yo para que me ordenéis que os ame ? Si no os amo, me amenazáis con grandes calamidades : ¿ es por ventura una calamidad pequeña dejar de amaros ? ¡ Cómo ! Dios mío ¿ Vos me mandáis que os ame ? ¿ No sois Vos infinitamente amable ? ¿ No sería ya demasiado el que nos lo permitieseis ? ¡ Oh, qué dicha para una criatura tan miserable poder amar a un Dios

(1) I Cor., XVI, 22.

(2) Citado por el Padre Lejeune, t. III, sermón XLV, *Del amor de Dios*.

tan digno de ser amado ! ¡ Ah ! favor inapreciable, ¡ cuán desconocido eres !»

Lcemos en el Evangelio (1) que un doctor de la ley dijo un día a Jesucristo : «Maestro, ¿cuál es el primero o principal de los mandamientos?» Y Jesucristo le contestó : «Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». San Agustín dice : «Si tienes la dicha de amar a Dios, vendrás a ser en alguna manera semejante a El ; si amas la tierra, te volverás terreno ; mas si amas las cosas del cielo, te volverás celestial». ¡ Oh Dios mío ! cuán dichoso es el que os ama, pues con ello recibe toda suerte de bienes. No, H. M., no nos admire ver a tantos grandes del mundo abandonar el bullicio del siglo para sepultarse en el corazón de las selvas o encerrarse entre las cuatro paredes de una celda, para dedicarse solamente a amar a Dios. Mirad a un San Pablo ermitaño, cuya sola ocupación durante ochenta años fué la de orar y amar a Dios día y noche. Mirad también a un San Antonio, a quien las noches le parecían breves para orar y alabar en silencio a su Dios y Señor, y se lamentaba de que el sol saliese tan temprano (2). Amar a Dios, H. M., ¡ ah ! ¡ qué dicha cuando tengamos la suerte de comprenderlo ! ¿ Hasta cuándo, H. M., sentiremos repugnancia por una obra que debería constituir toda nuestra dicha en esta vida y nuestra eterna felicidad?... Amar a Dios, H. M., ¡ ah ! ¡ qué felicidad !... Dios mío, concedednos el don de la fe y os amaremos de todo corazón.

Digo también que debemos amar a Dios a causa de los abundantes bienes que de El recibimos. «Dios, nos

(1) Magister, quod est mandatum magnum in lege ? Ait illi Iesus : Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua (Matth., XXII, 36-37).

(2) *Vida de los Padres del desierto*, t. 1, p. 42.

dice San Juan, ama a los que le aman» (1). Decídme, H. M., ¿podemos poseer mayor ventura en este mundo que la de ser amados del mismo Dios? Así es que, H. M., Nuestro Señor nos amará según le amemos nosotros a El, es decir, que, si le amamos mucho, nos amará también mucho; lo cual debería inducirnos a amar a Dios cuanto nos fuese posible, hasta donde llegase nuestra capacidad. Este amor será la medida de la gloria de que disfrutaremos en el paraíso, ya que ella será proporcionada al amor que habremos tenido a Dios durante nuestra vida; cuanto más hayamos amado a Dios en este mundo, mayor será la gloria de que gozaremos en el cielo, y más le amaremos también, puesto que la virtud de la caridad nos acompañará durante toda la eternidad, y recibirá mayor incremento en el cielo. ¡Oh! H. M., ¡qué dicha la de haber amado mucho a Dios en esta vida! pues así le amaremos también mucho en el paraíso.

Nos dice San Antonio que a nadie teme tanto el demonio como a un alma que ame a Dios; y que aquel que ama a Dios lleva consigo la señal de predestinación, ya que sólo dejan de amar a Dios los demonios y los réprobos. ¡Ay! H. M., el peor de todos sus males es que a ellos no les cabrá jamás la dicha de amarle. ¡Oh Dios mío! ¿podremos pensar en eso sin morir de pena?... Leemos en la vida de Santa Catalina de Génova que, presenciando la exorcización de un poseso, preguntóle la Santa cómo se llamaba. El demonio contestó que se llamaba: Espíritu sin amor de Dios. «¡Cómo!, dijo la Santa, ¿tú no amas a un Dios tan digno de ser amado?» — «¡Oh! no, no, exclamó él.» — «¡Ah! jamás hubiera creído que existiese una criatura que no amase a Dios.» Y cayó desvanecida sin

(1) *Ego diligentes me diligo* (Prov., VIII, 27). — *Ipse Pater amat vos, quia vos me amatis* (Ioan., XVI, 27).

sentido. Al volver en sí, le preguntaron qué era lo que le había causado aquel desvanecimiento ; y ella contestó que nunca habría podido pensar que existiese criatura alguna que no amase a Dios, por lo cual, al oír las palabras del demonio, quedó tan sorprendida, que le faltaron las fuerzas y cayó. Mas decidme, H. M., ¿no tenía razón aquella Santa, cuando fuimos creados sólo para esto? Desde el momento en que cesamos de amar a Dios, dejamos de hacer también lo que El quiere de nosotros.

En efecto, H. M., ¿cuál es la primera pregunta que se nos hace al asistir al catecismo para instruirnos en las verdades de nuestra santa religión? «¿Quién te ha creado y te conserva hasta el presente?» Y nosotros contestamos: «Dios». — «Y ¿para qué te ha creado?» — «Para conocerle, amarle, servirle, y por este medio alcanzar la vida eterna.» Sí, H. M., nuestra única ocupación acá en la tierra es la de amar a Dios ; es decir, comenzar a practicar lo que haremos durante toda la eternidad. ¿Por qué hemos de amar a Dios? Pues porque nuestra felicidad consiste, y no puede consistir en otra cosa que en el amor de Dios. De manera, H. M., que, si no amamos a Dios, seremos constantemente desgraciados ; y si queremos disfrutar de algún consuelo y de alguna suavidad en nuestras penas, solamente lo lograremos recurriendo al amor de Dios. Si queréis convenceros de ello, id a buscar al hombre más feliz según el mundo ; si no ama a Dios, veréis cómo en realidad no deja de ser un gran desgraciado. Y por el contrario, si os encontráis con el hombre más infeliz a los ojos del mundo, veréis cómo, amando a Dios, resulta dichoso en todos conceptos. ¡ Oh Dios mío ! ¡ abridnos los ojos del alma, y así buscaremos nuestra felicidad donde realmente podemos hallarla !

III. — Pero, me diréis finalmente, ¿de qué manera

hemos de amar a Dios? ¿Cómo hemos de amarle, H. M.? Escuchad a San Bernardo, él mismo nos lo enseñará al decirnos que hemos de amar a Dios sin medida. «Siendo Dios infinitamente digno de ser amado, jamás podremos amarle cual se merece.» Pero Jesucristo mismo (1) nos muestra la medida según la cual hemos de amarle, cuando nos dice: «Amarás al Señor tu Dios, con toda tu alma, con todo tu corazón y con todas tus fuerzas. Graba tales pensamientos en tu espíritu, y enséñalos a tus hijos». Dice San Bernardo que amar a Dios de todo corazón, es amarle decididamente y con fervor: es decir, estar presto a padecer cuanto el mundo y el demonio nos hagan sufrir, antes que dejar de amarle. Es preferible a todo lo demás, y no amar ninguna otra cosa sino por El. San Agustín decía a Dios: «Cuando mi corazón, oh Dios mío, sea bastante grande para amaros, entonces amaré con Vos a las demás cosas; mas como quiera que mi corazón será siempre demasiado pequeño para Vos, ya que sois infinitamente amable, no amaré jamás otra cosa fuera de Vos». Debemos amar a Dios no solamente como a nosotros mismos, sino más que a nosotros mismos, manteniendo constante y firme la resolución de dar nuestra vida por El.

De esta manera podemos decir que le amaron todos los mártires, puesto que, antes que ofenderle, prefirieron sufrir la pérdida de sus bienes, toda suerte de desprecios, la prisión, los azotes, las ruedas de tormento, el potro, el hierro, el fuego, en una palabra, todo cuanto la rabia de los tiranos supo inventar.

Refiérese en la historia de los mártires del Japón que, cuando se predicaba el Evangelio a aquellas gentes y se las iniciaba en el conocimiento de las grandezas de Dios, de sus bondades y de su grande amor para con los hombres; especialmente cuando se les enseñaba

(1) El mismo Dios en el Deuteronomio, cap. VI, 5-7.

ban los excelsos misterios de nuestra santa religión, todo cuanto Dios había hecho por los hombres: un Dios que nace en suma pobreza, y que sufre y muere por nuestra salvación: «¡ Oh ! exclamaban aquellos sencillos cristianos, ¡ cuán bueno es el Dios de los cristianos ! ¡ oh ! ¡ cuán digno de ser amado ! » Pero, cuando se les decía que aquel mismo Dios nos había impuesto un mandamiento en el cual nos ordenaba amarle, amenazándonos con un eterno castigo caso de no cumplirlo, quedaban sorprendidos y admirados, sin acertar a comprenderlo. « ¡ Cómo !, decían, ¡ imponer a los hombres racionales un precepto que ordene amar a un Dios que tanto nos ha amado !... ¿ no es la mayor de las desgracias dejar de amarle ?, así como amarle, ¿ no es la mayor de todas las dichas imaginables ? ¡ Cómo ! ¿ y los cristianos no permanecen constantemente al pie de los altares para adorar a su Dios, atraídos por tanta bondad e inflamados de amor ? » Mas, cuando se les explicaba que existían cristianos que, no sólo dejaban de amarle, sino que empleaban su vida ofendiéndole: « ¡ Oh pueblo ingrato ! ¡ oh pueblo bárbaro !, exclamaban indignados, ¡ cómo es posible que los cristianos sean capaces de tales horrores ! ¡ Ah ! ¿ en qué tierra maldita habitan esos hombres sin corazón y sin sentimientos ? » ¡ Ay ! H. M., si aquellos mártires volviesen hoy a la tierra, y se enterasen de los ultrajes que ciertos cristianos infieren a su Dios, tan bueno y cuyo único anhelo es procurarles la salvación ; ¡ ay ! H. M., ¿ acertarían a creerlo ? Triste es decirlo, H. M., ¡ hasta el presente no hemos amado a Dios !...

Y el cristiano no solamente ha de amar a Dios de todo corazón, sino que además debe poner todo su esfuerzo en procurar que los demás le amen. Los padres y las madres, los dueños y las amas de casa, deben emplear todo su poder y autoridad en hacer que sus hijos y sus criados le amen. ¡ Oh ! ¡ cuánto será el mé-

rito de un padre o de una madre delante de Dios, si, por sus esfuerzos, cuantos viven con ellos le aman de todo corazón !... ¡ Oh ! ¡ cuán abundantemente bendecirá Dios aquellas casas !... ¡ Oh ! ¡ cuántos bienes temporales y eternos derramará sobre aquellas familias !...

Y ¿ cuáles son los signos que nos certifican de nuestro amor a Dios ? Vedlos aquí, H. M. : si pensamos en El con frecuencia, si nuestro espíritu se ocupa y entretiene en las cosas divinas, si experimentamos gusto y placer al oír hablar de Dios en las pláticas e instrucciones y nos complacemos en todo aquello que pueda traernos su recuerdo. Si amamos a Dios, H. M., andaremos con gran temor de ofenderle, vigilaremos constantemente los movimientos de nuestro corazón, temiendo siempre ser engañados por el demonio. Pero el último medio, es suplicarle a menudo que nos conserve en su amor, pues éste viene del cielo. Debemos, durante el día, dirigir hacia El nuestros pensamientos, y hasta por la noche, al despertarnos, hemos de prorrumpir en actos de amor a Dios, diciéndole : « Dios mío, hacedme la gracia de amaros cuanto posible me sea ». Hemos de sentir gran devoción a la Santísima Virgen, pues ella sola amó más a Dios que todos los santos juntos ; también hemos de mostrar gran devoción al Espíritu Santo, especialmente a las nueve de la mañana. Fué en aquel momento cuando descendió sobre los apóstoles, para llenarlos de su amor (1). Al mediodía, deberemos recordar el misterio de la Encarnación, por el cual el Hijo de Dios tomó carne mortal en las entrañas virginales de la bienaventurada Virgen María, y suplicarle que baje a nuestros corazones, como descendió al seno de su santa Madre (2). A las tres de la tarde, debere-

(1) Act., II, 15.

(2) La tradición de la Iglesia es que la Santísima Virgen estaba en oración, a *media noche*, cuando el ángel Gabriel le anunció el misterio de la Encarnación.

mos representarnos al Salvador muriendo para merecernos un amor eterno. En tal instante debemos hacer un acto de contrición, para testimoniarle la pena que experimentamos por haberle ofendido.

Y concluyamos, H. M., diciendo que, puesto que nuestra felicidad solamente se halla en el amor de Dios, deberemos temer grandemente el pecado, pues sólo él nos causa su pérdida. Acudid, H. M., a proveeros de este divino amor en los sacramentos que os es dado recibir. Acudid a la Sagrada Mesa con gran temor y confianza, puesto que allí recibimos a nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro Padre, el cual no desea sino nuestra felicidad; y es la que también os deseo...

FIESTA DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

SOBRE LAS GRANDEZAS DE MARÍA (1)

Quia respexit humilitatem ancillae suae.

Porque el Señor consideró la pequeñez de su esclava.

(S. Lucas, I, 48.)

Si por una parte, H. M., vemos a la Santísima Virgen rebajarse, en su humildad, por debajo de todas las criaturas, por otra vemos que esta misma humildad la encumbra por encima de todo lo que no es Dios. No, no son los grandes de la tierra quienes la elevaron a ese supremo grado de dignidad donde tenemos la dicha de contemplarla ahora. Las tres Personas de la Santísima Trinidad la colocaron sobre aquel trono de gloria; la proclamaron Reina de cielos y tierra, y la hicieron depositaria de todos los celestiales tesoros. No, H. M., jamás comprenderemos totalmente las grandezas de María, ni el poder que Jesús su divino Hijo le concedió; jamás llegaremos a penetrar el gran deseo que Ella siente de hacernos felices. Ella nos ama como a hijos; ella se siente gozosa del poder que Dios le ha dado, porque con él puede sernos más útil. Sí, María es nuestra mediadora; Ella es quien presenta a su divino Hijo nuestras oraciones, nuestras lágrimas y nues-

(1) Véase Ribadeneyra, 15 agosto.

tros suspiros ; Ella la que atrae sobre nosotros las gracias que nos son necesarias para nuestra salvación. Nos dice el Espíritu Santo que María es, entre todas las criaturas, un prodigio de grandeza, un prodigio de santidad y un prodigio de amor. ¡ Qué dicha la nuestra, H. M., qué fuente de esperanza para nuestra salvación ! Reavivemos, pues, nuestra confianza en una Madre tan buena y tan tierna, considerando : 1.º su grandeza ; 2.º su celo por nuestra salvación ; 3.º lo que hemos de hacer para serle agradables y merecer su protección.

I. — Hablar de las grandezas de María, H. M., es querer empequeñecer la idea sublime que de Ella tenéis ; pues nos dice San Ambrosio que María está encumbrada en un tan alto grado de gloria, de honor y de poder, que los mismos ángeles son incapaces de comprenderlo ; a sólo Dios está reservado tal conocimiento. De donde concluyo que todo cuanto ahora podréis oír, será nada o casi nada respecto a lo que Ella realmente es a los ojos de Dios. El mayor elogio que de Ella puede hacernos la Iglesia es decirnos que María es la Hija del Padre Eterno, la Madre del Hijo de Dios, Salvador del mundo, la Esposa del Espíritu Santo. Si el Padre Eterno escogió a María para que fuese su hija por excelencia, ¿ qué torrente de gracias no habrá derramado sobre su alma ? Las recibió Ella sola en mayor abundancia que todos los ángeles y santos juntos. Comenzó preservándola del pecado original, gracia que sólo a Ella ha sido concedida, y la confirmó en dicha gracia con la seguridad de no perderla jamás. Sí, H. M., el Padre Eterno la enriqueció con dones del cielo, a proporción de la dignidad a que debía elevarla. Hizo de Ella el templo vivo de las tres Personas de la Santísima Trinidad. En una palabra : hizo por ella todo cuanto le era posible hacer por una criatura. Y si el Padre Eterno cuidó tanto de honrar a María, vemos

también al Espíritu Santo apresurarse a embellecerla de tal manera, que, desde el instante de su concepción, queda convertida en el objeto de las complacencias de las tres divinas Personas. Sólo a María cabe la dicha de ser la Hija del Padre Eterno, la Madre del Hijo y la esposa del Espíritu Santo. Y por esta incomparable dignidad, hállese asociada a las tres Personas de la Santísima Trinidad, en orden a formar el cuerpo adorable de Jesucristo. De Ella debía servirse Dios para destruir y aniquilar el imperio del demonio; de Ella se sirvieron las tres divinas Personas para salvar al mundo dándole un Redentor. ¿Habríais jamás imaginado en María un abismo tal de grandezas, de poder y de amor? Después del cuerpo adorable de Jesucristo, es Ella el mejor ornamento de la corte celestial.

Podemos afirmar que el triunfo de la Santísima Virgen en el paraíso, es la consumación de todos los méritos de esta augusta Reina de cielos y tierra. Fué en aquel momento cuando recibió el adorno final, en su incomparable dignidad de Madre de Dios. Después de haber estado sujeta por algún tiempo a las miserias de la vida y a las humillaciones de la muerte, pasó a gozar de una vida la más gloriosa y feliz de que es capaz criatura alguna. Nos extrañará tal vez el hecho de que Jesús, que tanto amaba a su Madre, la dejase tanto tiempo sobre la tierra después de su resurrección. La razón de ello está en que con aquella demora quería proporcionarle un mayor grado de gloria, y además hay que considerar que los apóstoles tenían aún necesidad de su presencia para que los consolase y guiase. Fué María quien reveló a los apóstoles los más grandes e interesantes secretos de la vida oculta de Jesús; y fué también María la que levantó el estandarte de la virginidad, poniendo de manifiesto todo su esplendor y hermosura y mostrándonos la inestimable recompensa que a tan santo estado le está reservada.

Mas volvamos a nuestro propósito, H. M., siguiendo a María hasta el momento en que abandona este mundo. Quiso Jesucristo que, antes de subir al cielo, pudiese volver a ver una vez más a sus apóstoles. Todos, excepto Santo Tomás, fueron transportados alrededor de su humilde lecho. Llevando hasta el exceso la humildad de que siempre había hecho tanta estima, besó a todos los pies, pidiéndoles su bendición. Aquel acto preparábala a la gloria eminente a que debía elevarla su Hijo. A su vez, María dió también su bendición a todos. Resúltame imposible daros una idea de las lágrimas que en aquella hora derramaron los apóstoles, ante la inminencia de la pérdida que iban a experimentar. ¿No constituía acaso la Santísima Virgen, después del Salvador, toda su felicidad, todo su consuelo? Mas, para aminorar un poco la pena que experimentaban, María prometió no olvidarlos nunca cerca su divino Hijo. Créese que el mismo ángel que le anunciara el misterio de la Encarnación, bajó a avisarla, de parte de su Hijo, acerca de la hora en que iba a morir. La Santísima Virgen contestó al ángel: «¡ Ah ! ¡ qué felicidad ! ¡ cuánto he deseado yo este momento ! » Después de aquella dichosa noticia, quiso hacer su testamento, lo cual costóle poco trabajo. Tenía dos túnicas y las dejó a dos vírgenes que desde mucho tiempo la servían. Sintióse después abrasada en tan ardiente amor, que su alma, semejante a una encendida hoguera, no podía contenerse en su cuerpo. ¡ Momento feliz !...

¿Podremos contemplar, H. M., las maravillas que se obraron en aquella muerte, sin sentir un ardiente deseo de vivir santamente para morir también santamente? Ciertó que no debemos esperar morir de amor, mas a lo menos abriguemos la esperanza de morir en el amor de Dios. María no teme en manera alguna la muerte, pues la muerte la pondrá en posesión de la

felicidad perfecta ; sabe que el cielo la está aguardando, y que será allí uno de sus más hermosos ornatos. Su Hijo y toda la corte celestial prepáranse a celebrar aquella brillante fiesta, y los santos y santas del cielo no aguardan más que las órdenes de Jesús para salir en busca de aquella Reina y llevarla en triunfo a su reino. Todo queda preparado en el cielo para recibirla ; va a disfrutar de unos honores que exceden a cuanto puede concebirse. Para salir de este mundo, María no se vió sujeta a enfermedad alguna, pues estaba exenta de pecado. A pesar de su edad avanzada, su cuerpo no quedó decrepito como el de los demás mortales ; antes al contrario, a medida que se acercaba su fin parecía adquirir nuevos atractivos. San Juan Damasceno dice que el mismo Jesucristo vino a buscar a su Madre. Y así desapareció aquel hermoso astro que por espacio de setenta y dos años iluminara al mundo. Sí, H. M., volvió Ella a ver a su Hijo, mas en un aspecto muy distinto de aquel en que le viera cuando, lleno de sangre, estaba clavado en cruz.

¡ Oh Amor divino ! ¡ he aquí la más excelsa de tus victorias y de tus conquistas ! No podías llegar a más, pero tampoco podías hacer menos. Sí, H. M., si era necesario que la Madre de Dios muriese, sólo de un transporte de amor podía morir. ¡ Oh muerte hermosa ! ¡ oh muerte feliz ! ¡ oh muerte apetecible ! ¡ Ah ! ¡ muy bien indemnizada quedó de aquel cúmulo de humillaciones y dolores que su santa alma hubo de experimentar durante su vida mortal ! Sí, volvió Ella a ver a su Hijo, pero muy diferente de cuando le vió en su dolorosa pasión, en manos de sus verdugos, con la cruz a cuestas, coronado de espinas, y sin poder socorrerle ni aliviarle. ¡ Oh ! no, no le ve ahora rodeado de aquel triste aparato, capaz de anonadar a las criaturas menos sensibles, sino radiante de luz y revestido de una gloria que es la alegría y felicidad de los cielos ; vese ella ro-

deada de los ángeles y los santos, que la alaban, la bendicen y la adoran hasta anonadarse en su presencia. Sí, vuelve Ella a ver a su dulce Jesús, libre de todo cuanto pueda hacerle sufrir. ¡ Ah ! ¿ quién de nosotros no querrá hacer los posibles para ir a juntarse a la Madre y al Hijo en aquel lugar de delicias ? Algunos instantes de lucha y sufrimiento son largamente recompensados.

¡ Ah ! H. M., ¡ qué muerte tan dichosa ! María está libre de todo temor, pues amó a Dios en todo momento ; no le duele tener que dejar nada, pues nunca ha poseído más que a Dios. ¿ Queremos morir también sin temor ? Vivamos, cual María, en la inocencia ; huyamos del pecado, que constituye nuestra mayor desgracia para el tiempo y para la eternidad. Si tuvimos la desdicha de cometerlo, a ejemplo de San Pedro, lloremos hasta la hora de la muerte, y nuestros remordimientos no acaben más que con nuestra vida. A imitación del santo rey David, bajemos al sepulcro derramando lágrimas ; lavemos nuestras almas en la amargura de nuestro llanto (1). ¿ Queremos, como María, morir sin pesar ni tristeza ? Vivamos cual ella vivió, sin aficionarnos a las cosas creadas ; hagamos lo que Ella, amemos sólo a Dios, no deseemos más que a El, no busquemos otra cosa que agradarle en todas nuestras obras. ¡ Feliz el cristiano, que no deja nada para hallarlo todo !...

Acerquémonos aun por unos momentos a ese humilde lecho, al que cabe la suerte de sostener tan preciosa perla, aquella rosa siempre fragante y sin espinas, aquel foco de luz y de gloria, que debe añadir nuevo resplandor a la corte celestial. Dícese que los ángeles entonaron cánticos de alegría en la humilde morada donde descansaba el santo cuerpo, y la estancia quedó saturada de una tan agradable fragancia, que

(1) Ps. VI, 7.

parecía hubiesen descendido allí todas las dulzuras y suavidades del cielo. Vamos, H. M., a lo menos en espíritu, y acompañemos ese sagrado cortejo; sigamos al tabernáculo donde el Padre había encerrado tantos tesoros, el cual va ser encerrado por algún tiempo, como lo fué el de su divino Hijo. El dolor y los suspiros impusieron el más respetuoso silencio a los apóstoles y a los demás fieles, venidos en masa para ver una vez más a la Madre de su Redentor. Mas, volviendo sobre sí, prorrumpieron en himnos y cánticos a fin de honrar al Hijo y a la Madre. Una parte de los ángeles subió a los cielos para llevar en triunfo aquella alma sin igual; y otra parte quedóse en la tierra para celebrar las exequias del santo cuerpo. Y pregunto yo, H. M., ¿quién será capaz de pintarnos y describirnos tan hermoso espectáculo? De un lado oíase a los espíritus bienaventurados consagrar todo su ingenio celeste a testimoniar la alegría inmensa que sentían por la gloria de su Reina; de otro lado veíase a los apóstoles y a gran número de fieles elevar también sus voces para juntarlas a la armonía de los celestiales cantores. Dice San Juan Damasceno que, antes de colocar el santo cuerpo en el sepulcro, les cupo a todos la dicha de besar sus santas y sagradas manos, las cuales tantas veces habían sostenido al Salvador del mundo. Y en aquella hora, no hubo enfermo que no sanase; no hubo en Jerusalén persona que, pidiendo a Dios alguna gracia por mediación de María, dejase de obtenerla. Dios lo dispuso así para darnos a entender que, en adelante, todos cuantos a ella recurriesen, tendrían la seguridad de alcanzarlo todo.

Y cuando todos, nos dice el mismo Santo, hubieron satisfecho su devoción, y recibido lo que en sus peticiones formulaban, determinaron dar sepultura a la Madre de Dios. Los apóstoles, siguiendo la costumbre de los judíos, dispusieron que el santo cuerpo fuese lavado

y embalsamado. Encomendaron aquella tarea a las dos vírgenes que estaban al servicio de María. Mas a aquellas, a causa del prodigio que aconteció, les fué imposible ver ni tocar el santo cuerpo. Interpretando que tal era la voluntad de Dios, sepultaron el cuerpo con sus propios vestidos. Si María en la tierra fué de una humildad sin igual, sin igual fueron también su muerte y su sepultura, por la grandeza de las maravillas que ocurrieron. Los mismos apóstoles fueron los encargados de llevar el precioso depósito, y aquel santo y sagrado cortejo atravesó las calles de Jerusalén y llegó hasta el sitio destinado a sepultura, que era el huerto de Getsemaní en el valle de Josafat. Los fieles todos seguían la comitiva con antorchas encendidas, y muchos transcientes juntábanse al piadoso cortejo que llevaba el arca del Nuevo Testamento para conducirla al lugar de su descanso. Nos dice San Bernardo que también los ángeles formaban en la procesión, precediendo y siguiendo al cuerpo de la soberana Virgen con cánticos de alegría; todos los presentes oían el canto de los ángeles, y en todas partes donde pasaba el santo cuerpo quedaba el ambiente saturado de un aroma delicioso, cual si todas las suavidades y todos los perfumes celestes hubiesen bajado a la tierra. Hubo un desgraciado judío, añade este Santo, que, lleno de rabia al ver los grandes honores que a la Madre de Dios se tributaban, se abalanzó sobre el cuerpo para hacer que cayese sobre el fango del camino; mas aun no hubo tocado el santo cuerpo, sus manos cayeron desecadas. Habiéndose arrepentido, pidió a San Pedro permiso para acercarse al cuerpo de la Santísima Virgen. Con sólo tocarlo, las manos volvieron a juntarse por sí mismas, cual si nunca hubiesen estado separadas. Una vez colocado con reverencia el cuerpo de la Madre de Dios en el sepulcro, los fieles regresaron a Jerusalén; mas los ángeles continuaron cantando durante tres días las alabanzas de

María. Los apóstoles acudían también alternativamente, para unirse a los ángeles que permanecían sobre el sepulcro. Al cabo de tres días Santo Tomás, que no había asistido a la muerte de la Virgen, pidió a San Pedro la gracia de ver por última vez su cuerpo virginal. Fueron al sepulcro, y una vez abierto no hallaron allí más que las vestiduras. Los ángeles se lo habían llevado al cielo, pues no se oían ya sus cánticos.

Para haceros una descripción fiel de su entrada gloriosa y triunfante en el cielo, fuera necesario, H. M., ser el mismo Dios que en aquellos momentos quiso prodigar a su Santísima Madre todas las riquezas de su amor y de su reconocimiento. Bien podemos afirmar que juntó y congregó todo cuanto fuese capaz de embellecer y adornar su triunfo en el cielo. «Abríos de par en par, puertas del cielo, aquí tenéis a vuestra Reina que deja la tierra para venir a hermostear los cielos con la grandeza de su gloria y la inmensidad de sus méritos y de su dignidad». ¡Oh espectáculo arrebatador! jamás el cielo había visto entrar en su recinto a una criatura tan hermosa, tan excelsa, tan perfecta y tan rica en virtudes. «¿Quién es esa, dice el Espíritu Santo, que asciende del desierto de la vida, llena de delicias y amor, descansando en los brazos de su amado?»... (1). Acercaos, y veréis cómo, al abrirse las puertas del cielo, toda la corte celestial se prosterna ante ella cual ante su Soberana. El mismo Jesucristo la acompaña en su triunfo, y la lleva a sentarse en el más hermoso trono de su reino. Las tres personas de la Santísima Trinidad le ponen sobre su cabeza una corona brillante, y la constituyen depositaria de los tesoros del cielo. ¡Oh! H. M., ¡cuánta gloria para María! y también ¡qué gran motivo de esperanza para nosotros, saber que ocu-

(1) Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum (Cant., VIII, 5).

pa una tan encumbrada dignidad, y conocer el gran deseo que Ella siente de salvar nuestras almas !

II. — ¿Cómo nos ama María? Nos profesa amor de madre, nos tiene como hijos suyos; ella hubiera querido morir por nosotros si hubiese sido necesario. Encomendémonos a Ella con gran confianza y tendremos la seguridad de que, por grande que sea nuestra miseria, nos alcanzará la gracia de nuestra conversión. ¡ Tanto es el interés que siente por la salvación de nuestra alma, tan grande su anhelo de vernos felices !... Leemos en la vida de San Estanislao, gran devoto de la Reina de los cielos (1), que un día, estando en oración, suplicó a la Virgen que se le apareciese con el Niño Jesús. Fué tan agradable a Dios aquella oración, que al momento San Estanislao vió aparecérsese la Santísima Virgen llevando el Divino Niño en sus brazos. Otro día, encontrándose enfermo en una casa de luteranos, quienes se oponían a que comulgase, dirigióse a la Santísima Virgen suplicándole le procurase aquella dicha. Apenas terminó su oración cuando vió llegarse a él un ángel llevándole la Hostia Santa, acompañado de la Virgen María. En otra circunstancia análoga le sucedió lo mismo, y un ángel le llevó el adorable Cuerpo de Jesús, y le administró la sagrada Comunión. ¡ Ved, pues, H. M., cuánto se interesa María por la salvación de los que en Ella confían !

¡ Qué suerte para nosotros el tener una tan cariñosa Madre que nos preceda en la práctica de las virtudes que han de hacernos agradables a Dios y llevarnos al cielo ! Mas procuremos no despreciar nunca ni a Ella ni el culto que se le tributa. Nos refiere San Francisco de Borja que un gran pecador, estando en el lecho de muerte, no quería oír hablar ni de Dios, ni de su

(1) Ribadeneyra, 15 de agosto.

alma, ni de confesión. San Francisco, que se hallaba entonces en el país de aquel pobre desgraciado, púsose a orar por él; mientras se deshacía en lágrimas, orando, oyó una voz que le dijo: «Ve, Francisco, ve a llevar mi cruz a aquel desgraciado, exhortale a penitencia». San Francisco corrió hacia el pobre enfermo, que estaba ya en brazos de la muerte. ¡Ay! había ya cerrado su corazón a los movimientos de la gracia. Incitóle San Francisco a compadecerse de su pobre alma y a pedir perdón a Dios; mas era inútil, todo estaba perdido para él. El Santo oyó aún otras dos veces la voz que le dijo: «Ve, Francisco, lleva mi cruz a aquel desgraciado». El Santo volvió a mostrarle su crucifijo, el cual apareció cubierto de sangre, que se derramaba por todos lados; dijo al pecador que aquella sangre le alcanzaría el perdón, si quería implorar misericordia. Mas todo fué en vano, murió blasfemando del santo nombre de Dios: y su desgracia le vino de que había escarnecido y despreciado a la Santísima Virgen en los honores que se le tributaban. ¡Ah! H. M., ¡vayamos, pues, con gran cuidado en no despreciar jamás nada de lo que se refiere al culto de María, esta Madre tan buena y siempre inclinada a socorrernos, por insignificante que sea la confianza que en ella depositemos! Aquí veréis algunos ejemplos que os mostrarán cómo, siendo constantes en la más pequeña práctica de devoción a la Santísima Virgen, jamás permitirá Ella que muramos en pecado.

Refiérese en la historia que un joven libertino se entregaba, sin remordimiento alguno, a toda suerte de vicios. Una enfermedad detuvo, empero, su desordenada carrera. Con ser tan depravado, había constantemente perseverado en la práctica de rezar diariamente un Ave María; era ésta su única oración y aún mal rezada; no pasaba de ser un sencilla costumbre casi rutinaria. En cuanto pudo verse que estaba sin esperanzas de

sanar, fué llamado el rector de la parroquia, quien le invitó a confesarse. Mas el enfermo contestó que, si había de morir, quería hacerlo tal como había vivido, y, si salía de aquella enfermedad, no quería tampoco cambiar de vida. Esta fué la respuesta que dió a todos cuantos le hablaron de confesión. Los que le rodeaban estaban consternados; nadie se atrevía a hablarle de los negocios del alma por temor de darle nueva ocasión de vomitar las mismas blasfemias y las mismas impiedades. Estando en esas, vino a visitarle uno de sus camaradas que, más juicioso que él, le había reprendido alguna vez por sus desórdenes. Después de hablar de cosas indiferentes, le dijo sin rodeos: «Amigo mío, deberías pensar en convertirte». — «Compañero, respondió el enfermo, soy un pecador demasiado criminal; bien conoces tú la vida que he llevado». — «Pues encomiéndate a la Santísima Virgen, que es el refugio de los pecadores.» — «¡ Ah! todos los días le he rezado un Ave María; mas es ésta mi única oración. ¿Crees que puede servirme de algo?» — «¡ Cómo! esto te servirá de todo. ¿No le pedías que rogase por ti en la hora de tu muerte? Es, pues, ahora cuando rogará e intercederá por ti.» — «Ya que crees que la Santísima Virgen ruega por mí, vete a buscar al cura párroco para confesarme cuanto antes.» Y al pronunciar estas palabras, púsose a derramar torrentes de lágrimas. «¿ A qué llorar?, le dijo su amigo». — «¡ Ah! ¿podré yo llorar nunca bastante, después de haber llevado una vida tan criminal, después de haber ofendido a un Dios tan bueno, quien todavía quiere perdonarme? Quisiera poder llorar lágrimas de sangre, para mostrar a Dios cuánto me pesa de haberle ofendido; pero mi sangre es demasiado impura para que la ofrezca a Jesucristo en expiación de mis pecados. Lo que me consuela es que Jesucristo mi Salvador ofreció la suya a su Padre por mí, y esto me hace esperar». Su amigo, al

oir aquellos razonamientos y al ver las lágrimas del enfermo corriendo en tanta abundancia, púsose a llorar de alegría. Era tan extraordinario aquel cambio, que lo atribuyó a la protección de la Virgen María. En aquel momento entró el sacerdote, y, viendo que ambos lloraban, preguntó qué es lo que había sucedido. — «¡ Ah ! señor, dijo el enfermo, ¡ estoy llorando mis pecados ! ¡ Ay ! ¡ muy tarde comienzo a llorar ! Mas ya sé que los méritos de Jesucristo son infinitos y que su misericordia es sin límites ; me anima aún la esperanza de que el buen Dios se apiadará de mí. » Admirado el sacerdote, preguntóle cuál era la causa de semejante transformación. — « La Santísima Virgen, contestó el enfermo, ha rogado por mí, y esto es lo que me ha abierto los ojos sobre mi desgraciada situación ». — « ¿ Os queréis, pues, confesar ? » — « ¡ Oh ! sí, señor, quiero confesarme, y hasta en alta voz ; ya que tanto he escandalizado con mi vida, quiero que sea público mi arrepentimiento. » El sacerdote le dijo que aquella precaución no era necesaria, pues, para reparar los escándalos, bastaba con que se supiese que había recibido los Santos Sacramentos. Confesóse con tanto dolor y tantas lágrimas, que el sacerdote hubo de detenerse diferentes veces para darle lugar a que llorase. Recibió los sacramentos con tan grandes señales de arrepentimiento, que parecía iba a morir de pesar.

¿ No tenía, pues, razón San Bernardo al decir que quien se pone bajo la protección de María está en seguridad ; y que jamás se ha visto que la Santísima Virgen abandonase a quien haya practicado actos de devoción en su honor ? No, H. M., esto nunca se ha visto ni se verá. Así es cómo la Santísima Virgen recompensó un « Ave María » rezada todos los días por aquel joven, y considerad aún de qué manera la rezaba. No obstante, bien acabáis de ver cómo por dicha practica obró la Virgen un milagro, a fin de que el joven aquel no

muriese sin confesión. ¡ Felices nosotros si invocamos a María, pues así Ella nos salva y nos hace perseverar en la gracia ! ¡ Gran motivo de esperanza es considerar que, a pesar de nuestros pecados, se ofrece Ella constantemente a Dios implorando para nosotros el perdón ! Sí, H. M., Ella es quien aviva nuestra esperanza en Dios, la que le presenta nuestras lágrimas, la que nos libra de caer en la desesperación al considerar la enormidad de nuestros pecados.

San Alfonso M.^a de Ligorio refiere que un sacerdote compañero suyo vió entrar cierto día en un templo a un joven cuyo porte exterior hacía adivinar que su alma se hallaba devorada por los remordimientos. Acercóse el sacerdote al joven y le dijo : «¿ Os queréis confesar, amigo mío ? » Contestóle afirmativamente, mas suplicó al mismo tiempo que le oyese en un lugar apartado, pues su confesión debía ser larga. Al hallarse solos, el nuevo penitente habló en estos términos : « Padre mío, soy noble y extranjero ; mas no creo que pueda nunca merecer la misericordia de un Dios, a quien tanto he ofendido con mi vida criminal. Dejando a un lado los asesinatos y otras infamias en que he tenido parte, debo deciros que, desesperando de mi salvación, me he entregado a toda suerte de pecados, no tanto para contentar a mis pasiones, como para ultrajar a Dios y dar satisfacción al odio que contra El sentía. Llevaba encima un crucifijo y lo tiré con desprecio. Esta misma mañana he acudido a la Sagrada Mesa para cometer un sacrilegio ; mi intención era hollar bajo mis plantas la Sagrada Hostia, cosa que no he podido realizar por hallarse presentes otras personas ; y al decir esto, puso en manos del confesor la partícula que había conservado en un papel. Mientras pasaba por delante de esta iglesia, me sentía movido a entrar, en tal forma que no pude resistir ; he experimentado tan fuertes remordimientos y éstos desgarraban de tal ma-

nera mi conciencia, que, al acercarme a vuestro confesionario, me sentía presa de la mayor desesperación. Si no hubieseis venido a mi encuentro, estaría ya fuera de la iglesia; aun no sé darme cuenta de cómo me hallo a vuestras plantas para confesarme». Entonces el sacerdote le dijo: «¿No realizasteis acaso alguna buena obra que os pudiese merecer esta gracia? ¿tal vez habréis ofrecido algunos sacrificios a la Santísima Virgen o habréis implorado su auxilio, pues tales conversiones son casi siempre efecto del poder de esta buena Madre?» — «Padre mío, os equivocáis, tenía un crucifijo y lo tiré con desprecio». — «A pesar de ello, haced memoria, pues un tal milagro no se suele realizar sin alguna razón». — «Padre mío, dijo el joven mostrando el escapulario que llevaba, ved aquí todo cuanto he conservado». — «¡ Ah ! amigo mío, díjole el sacerdote abrazándole, ¿veis cómo es la Santísima Virgen quien os ha alcanzado esta gracia, atrayéndoos hacia esta iglesia que le está consagrada?» Al oír esto el joven rompió a llorar; describió todos los pormenores de su vida criminal, hasta que el exceso de dolor le hizo caer a los pies del confesor cual si estuviese muerto; al volver en sí, terminó su confesión. Antes de abandonar el templo, prometió referir a todo el mundo la extraordinaria misericordia que María le había alcanzado de su divino Hijo.

III. — ¡ Felices nosotros, H. M., por tener una Madre tan buena y tan atenta a la salvación de nuestras almas ! No obstante, no hemos de contentarnos con elevar a Ella nuestras preces, sino que además hemos de practicar todas aquellas otras virtudes que sabemos son agradables a Dios. Un gran devoto de María, San Francisco de Paula, fué un día llamado por Luis XI, el cual esperaba obtener de él su curación. El Santo halló en el rey muchas cualidades buenas, pues practicaba mu-

chas buenas obras y rezaba numerosas oraciones en honor de María. Todos los días recitaba el rosario, hacía muchas limosnas en honor de la Santísima Virgen, llevaba encima muchas reliquias; mas vino también en conocimiento de que no usaba de mucha moderación ni modestia en sus palabras, y de que toleraba en su casa a personas de mala vida; por lo cual díjole, llorando, San Francisco de Paula: «Príncipe, ¿creéis acaso que estas vuestras devociones son agradables a la Santísima Virgen? No, no, Príncipe, comenzad por imitar a María, y entonces tened por seguro que os tenderá su mano». En efecto, hecha confesión de toda su vida, recibió tantas gracias y tantos medios de salvación, que murió de la manera más edificante, prociando el valimiento de María para alcanzarle la protección del cielo. El mundo está lleno de monumentos que atestiguan y dan fe de las gracias que la Santísima Virgen nos alcanza; contemplad, si no, esos santuarios, esos cuadros, esas capillas en honor de María. ¡Ah! H. M., ¡si sintiésemos una tierna devoción a la Virgen María, cuántas gracias alcanzaríamos para salvación nuestra! ¡Oh padres y madres! si por la mañana pudieseis a vuestros hijos bajo la protección de la Santísima Virgen, Ella rogaría por su bien y los salvaría a ellos y a vosotros. ¡Oh! ¡cuánto teme el demonio la devoción a la Santísima Virgen!... Quejábase aquél, un día, amargamente a San Francisco de los dos linajes de personas que más le hacen sufrir. Unas son las que contribuyen a extender la devoción a la Virgen María, y otras las que llevan el santo Escapulario.

¡Ah! H. M., ¿no será, lo dicho, bastante para inspirarnos una gran confianza en la Santísima Virgen y un gran deseo de consagrarnos enteramente a Ella poniendo en sus manos nuestra vida, nuestra muerte y nuestra eternidad? ¡Qué inefable consuelo en nuestras penas y tristezas, saber que María quiere y puede so-

corrernos ! Sí, bien podemos decir que aquel que acierta a concebir una gran confianza en María tiene asegurada la salvación, pues jamás se oyó decir que quien puso su salvación en manos de María, se condenase. En la hora de la muerte conoceremos los innumerables pecados que María nos hizo evitar, y las muchas obras buenas que sin su protección jamás hubiésemos realizado. Tomémosla por modelo, y tendremos la certeza de que andamos por el camino que conduce al cielo. Admiraremos en Ella aquella humildad, aquella pureza, aquella caridad, aquel menosprecio de la vida, aquel celo por la gloria de su Hijo y por la salvación de las almas. Sí, H. M., entreguémonos y consagrémonos a María por toda nuestra vida. ¡ Feliz aquel que vive y muere bajo la protección de María, pues tiene seguro el cielo ! Esto es lo que os deseo.

DOMINGO DÉCIMOTERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

SOBRE LA ABSOLUCIÓN

Quorum remisistis peccata, remittuntur eis: et quorum retinueritis, retenta sunt.

A quien perdonareis los pecados le serán perdonados, y a quien se los retuviereis le serán retenidos.

(S. Juan, XX, 23.)

¡Cuán costoso en verdad no fué a nuestro divino Salvador el dar eficacia a estas palabras: «A quien perdonareis los pecados le serán perdonados, y a quien se los retuviereis le serán retenidos»! ¡Ay! ¡cuántos tormentos, cuántos oprobios, y qué muerte tan dolorosa!... Pero somos tan ciegos, tan groseros, tan poco espirituales, que la mayor parte de los hombres creen que únicamente depende del sacerdote el dar o denegar la absolución a quien le plazca. No, H. M., nos engañamos lastimosamente; el ministro del sacramento de la Penitencia no es más que el dispensador de las gracias y de los méritos de Jesucristo (1); y sólo los puede otorgar según las reglas prescritas. ¡Ay! cuál no ha de ser el temor del pobre sacerdote ejerciendo tan difícil ministerio, ya que, al querer salvar las almas de los demás, se pone en gran peligro de perder la suya. ¡Cuán terrible será para el sacerdote el acto de rendir

(1) I Cor., IV, 1.

cuentas, cuando, en la hora del juicio, serán presentadas a la revisión del mismo Dios todas las absoluciones por él concedidas, para examinar si fué demasiado pródigo o demasiado severo en dispensar las gracias del cielo ! ¡ Ay ! H. M., ¡ cuán difícil es andar siempre por el recto camino !... ¡ Cuántos sacerdotes, en el día del juicio, querrían no haber sido tales, sino simples legos !... ¡ Cuántos fieles se hallarán también culpables de no haber jamás orado por sus pastores, los cuales tal vez expusieron su alma por salvarlos !... Pero, si el sacerdote tiene el poder de perdonar los pecados, tiene también el de retenerlos, de manera que nos dice San Gregorio Magno que el ministro debe examinar muy atentamente las disposiciones del pecador, antes de darle la absolución. Debe mirar si su corazón ha realmente cambiado, si ha tomado todas aquellas resoluciones que debe tomar un pecador convertido.

Es, pues, evidente que el ministro de la penitencia debe diferir o denegar la absolución a ciertos pecadores, bajo pena de condenarse él junto con sus penitentes. Voy, pues, a mostraros : 1.º qué cosa sea la absolución ; 2.º a quiénes debe darse y a quiénes denegarse : materia ésta muy interesante, pues se trata de vuestra salvación o de vuestra perdición.

¡ Cuán feliz el hombre, H. M., pero cuán culpable ! Digo que es feliz, puesto que, después de haber perdido a su Dios, al cielo y a su alma, tiene aún la esperanza de hallar medios muy fáciles de reparar aquella grande pérdida, que no es otra cosa que la pérdida de una eternidad de dicha. El rico que ha perdido su fortuna, no puede, las más de las veces, a pesar de su buena voluntad, recobrarla ; mas cuando el cristiano pierde su eterna fortuna, puede recobrarla sin gran trabajo. ¡ Oh Dios mío ! ¡ cuánto amáis a los pecadores, pues tantos medios nos proporcionáis de recobrar el cielo ! ¡ Muy culpables somos cuando, pudiendo lograr tantos bienes,

lo despreciamos todo ! Has perdido el cielo, amigo mío, ¿ por qué te resignas a vivir sujeto a una tal pobreza ?... ¡ Dios mío ! ¡ cuán fácilmente puede el hombre pecador evitar su desdicha, y cuán fácilmente también repararla cuando le sobreviene !

I. — Si me preguntáis qué es la absolución, os diré que es una sentencia que el sacerdote pronuncia, en nombre y por autoridad de Jesucristo, en virtud de la cual sentencia nuestros pecados quedan de tal manera perdonados y borrados, como si jamás los hubiésemos cometido : todo ello con la condición de que el que se confiesa la reciba con las disposiciones que en dicho sacramento se exigen. ¡ Ah ! H. M., ¿ quién de nosotros no se admirará de la eficacia de ese juicio de misericordia ? ¡ Oh, momento feliz para el pecador convertido !... Apenas el ministro ha pronunciado aquellas palabras : « Yo te absuelvo », queda el alma lavada y purificada de todas las inmundicias, por la virtud de la preciosa Sangre que sobre ella se derrama. ¡ Dios mío ! ¡ cuán bueno sois para el pecador !... Pero además, H. M., nuestra pobre alma es arrebatada de la tiranía del demonio y restituída a la gracia y amistad de Dios ; recobra su paz, aquella paz tan preciosa que constituye toda su felicidad en este mundo y en el otro ; devuélvesele la perdida inocencia, con todos los derechos al reino de Dios que los pecados le arrebataran. Decidme, H. M., ¿ no llegaremos a conmovernos y enternecernos hasta derramar lágrimas al ver tantas maravillas ? ¿ Lo hubierais nunca pensado que, cuantas veces recibe el pecador la absolución, le son concedidos todos esos bienes ? Pero esto no se otorga ni debe otorgarse más que a los que lo merecen, o sea, a los pecadores, pero pecadores convertidos, que detestan su vida pasada, no solamente porque perdieron el cielo, sino porque se atrevieron a ultrajar al que merece ser infinitamente amado.

II. — Si queréis saber cuándo se os ha de diferir o denegar la absolución, vais ahora a verlo: atended bien y grabadlo en vuestra mente, a fin de que, siempre que vayáis a confesaros, podáis conocer si merecéis ser absueltos o despedidos sin la absolución. Hallo yo ocho razones o causas que deben inducir al sacerdote a aplazar la absolución, según las reglas que la misma Iglesia ha establecido, las cuales no deben ser jamás quebrantadas por el sacerdote; y si lo hace, ¡desgraciados él y su dirigido! son un ciego que conduce a otro, y ambos van a precipitarse en el infierno (1). El deber del ministro es aplicar bien estas reglas, y el vuestro, no quejaros nunca cuando no se os conceda la absolución. Cuando un sacerdote os la deniega, es porque os ama y desea de veras salvar vuestra alma; mas vosotros no os haréis cargo de esto hasta el día del juicio: entonces veréis cómo sólo fué el deseo que sentía de guiaros al cielo lo que le indujo a diferir la absolución. Si os la hubiese concedido, según deseabais, os habríais condenado. No debéis, pues, quejaros nunca, H. M., porque un sacerdote no os conceda la absolución; antes al contrario, habéis de dar gracias a Dios y poner todas vuestras fuerzas en merecer aquella dicha.

1.º Digo, en primer lugar, que aquellos que no están suficientemente instruídos, no merecen la absolución: el sacerdote no debe ni puede dársela, so pena de hacerse culpable; pues todo cristiano tiene obligación de conocer a Jesucristo, sus misterios, su doctrina, sus leyes y sus sacramentos. San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, nos dice claramente que no debe concederse la absolución a los que no conocen los principales misterios del cristianismo y las obligaciones de su estado: «Sobre todo, nos dice, cuando se observa que su ignorancia proviene de su indiferencia por la

(1) Matth., XV, 14.

salvación del alma». Las leyes de la Iglesia prohíben dar la absolución a los padres, madres y dueños que no instruyen a sus hijos o criados, o que no procuran hacerlos instruir por otros acerca de lo necesario para alcanzar la salvación; que no vigilan su comportamiento; que no cuidan de corregir sus defectos y desórdenes. Deciros que no merecen la absolución aquellos que ignoran lo necesario para salvarse, es como si advirtiese a una persona que ha caído en un principio sin proporcionarle los medios para salir de él. Voy, pues, a mostraros lo que debéis saber para salir de ese abismo de la ignorancia; fijadlo bien en vuestro corazón, a fin de que no se os olvide jamás, y así podáis enseñarlo a vuestros hijos y ellos a otros. Repitamos, pues, lo que os he dicho ya muchas veces: un cristiano debe saber el *Padre nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, el *Yo Pecador*, los tres actos de Fe, Esperanza y Caridad, los Mandamientos de la Ley de Dios, los de la Iglesia, el acto de contrición. Pero no solamente la letra debéis saber, ya que lo contrario sería el colmo de la ignorancia, sino que además es preciso que, al ser preguntados, sepáis dar razón de cada artículo en particular y del sentido o significado de los mismos. Esto es lo que se os preceptúa, y no únicamente saber las palabras. Debéis saber que el *Padre Nuestro* lo compuso el mismo Dios; que el *Ave María* la compusieron, una parte el ángel cuando llevó a la Santísima Virgen la embajada anunciándole el misterio de la Encarnación (1), y otra parte la Iglesia; debéis saber que el *Credo* lo compusieron los Apóstoles después de la venida del Espíritu Santo, antes de su dispersión por el mundo; de donde proviene que una misma religión y unos mismos misterios sean enseñados en todas las partes de la tierra. Contiénese en él el compendio de toda nuestra santa religión, el misterio

(1) Luc., I, 28.

de la Santísima Trinidad, esto es, que en Dios hay tres Personas, el Padre que nos creó, el Hijo que nos libró de la muerte con sus sufrimientos, y el Espíritu Santo que nos santificó en el sacramento del Bautismo. Cuando decís : «Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador, etc.», es como si dijeseis : Creo que el Padre Eterno lo ha creado todo, nuestro cuerpo y nuestra alma, que el mundo no ha existido ni durará siempre, que un día será aniquilado... «Creo en Jesucristo», es como si dijeseis : Creo que Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, se hizo hombre, que sufrió y murió para redimirnos, para merecernos el cielo que el pecado de Adán nos había arrebatado. «Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, etc.», es como si afirmaseis : Creo que hay solamente una religión verdadera, y ésta es la Iglesia, fundada por el mismo Jesucristo ; que vinculó a ella todas sus gracias ; que los que se hallen fuera de esta Iglesia no se salvarán ; que durará hasta la consumación de los siglos. Cuando decís : «Creo en la comunión de los santos», es como si dijeseis : Creo que todos los cristianos se hacen mutuamente participantes de sus oraciones y de sus buenas obras ; creo que los santos en el cielo ruegan a Dios por nosotros, y que nosotros podemos orar por aquellos que arden en las llamas del Purgatorio. Cuando decís : «Creo en la remisión de los pecados», venís a decir : Creo que en la Iglesia de Cristo hay sacramentos que tienen eficacia para perdonar toda suerte de pecados, y que no hay pecado alguno que la Iglesia de Cristo no pueda perdonar. Al decir : «La resurrección de la carne», queréis afirmar que el mismo cuerpo que ahora nos sustenta, resucitará un día y se unirá al alma para entrar en el cielo, si tuvimos la suerte de servir bien y fielmente a Dios, o para bajar al infierno y arder por toda una eternidad, si... Al decir : «Creo en la vida perdurable», es como si dijéramos : Creo que la otra

vida no tendrá fin, que nuestra alma durará lo que dure Dios que es eterno. Cuando decís : «Y de allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos», afirmáis : Creo que Jesucristo está en el cielo en cuerpo y alma, y que El en persona vendrá a juzgarnos, a fin de premiar a los que obraron bien y castigar a los que le despreciaron.

Debéis saber que los Mandamientos de Dios fueron dados a Adán, al ser creado ; esto es, que Dios los grabó en el corazón de nuestro primer padre, y que, después de haber pecado Adán, el Señor los dió a Moisés escritos en unas tablas de piedra, en el monte Sinaí (1). Y son ellos los mismos que renovó y reprodujo el Señor al venir a la tierra para salvarnos (2). Digo también que debéis saber los tres actos de Fe, Esperanza y Caridad, y no sólo las palabras, ¿quién no las sabe?, sino el sentido de tales actos. La fe nos inclina a creer todo cuanto nos enseña la Iglesia, aunque no lleguemos a comprenderlo ; nos hace creer que Dios nos ve, que está atento a nuestra conservación, que nos premiará o nos castigará según obremos bien o mal ; que hay un cielo para los buenos y un infierno para los malos ; que Dios padeció y murió por nosotros. La esperanza nos inclina a realizar todos nuestros actos con la mira de agradar a Dios, puesto que así serán eternamente recompensados. Hemos de tener presente que ni la fe ni la esperanza nos serán necesarias en el cielo, o mejor, que no tendremos allí ni fe ni esperanza : nada tendremos que creer, pues ya no habrá misterios para nosotros y veremos lo que antes debíamos creer ; ni nada que esperar, pues poseeremos lo que era objeto de nuestros anhelos ; sólo quedará el amor, el cual nos abrasará por toda una eternidad, y en eso consistirá toda nuestra di-

(1) Exod., XXX, 18.

(2) Diferencia que existe entre los Mandamientos de Dios y los de la Iglesia (Nota del Santo).

cha. En esta vida, el amor de Dios consiste en amar a Dios por encima de todo lo creado, preferirle a todo, incluso a nuestra vida. Esto es, H. M., lo que se quiere indicar al decir que debéis saber el *Padre nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, el *Yo Pecador*, y los actos de Fe, Esperanza y Caridad. Si no sabéis esto, no sabéis lo que es necesario para salvarnos; es preciso, por lo menos, que, si se os pregunta acerca de lo que os acabo de hablar, podáis contestar sabiendo lo que decís.

Y aun no hay bastante: es necesario, además, que sepáis en qué consiste el misterio de la Encarnación y lo que significa esta palabra. Debéis necesariamente saber que este misterio significa que la segunda Persona de la Santísima Trinidad tomó un cuerpo como el nuestro en las entrañas de la Santísima Virgen, por obra del Espíritu Santo. Honramos este misterio el día 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, pues fué en este día cuando el Hijo de Dios juntó su divinidad a nuestra humanidad; tomó un cuerpo como el nuestro, libre empero del pecado, y cargó sobre sí todos los nuestros para satisfacer a la justicia de su Padre. Debemos saber que fué en 25 de diciembre cuando Jesucristo vino al mundo, o sea a la media noche del día de Navidad. Ya sabéis que aquel día se celebran tres misas, para honrar los tres nacimientos de Jesús: el primero, en el seno de su Padre, que existe desde toda la eternidad; el segundo, su nacimiento corporal en el establo, y el tercero, su nacimiento en las almas por la sagrada Comunión (1).

Debéis saber que, el Jueves Santo, Jesucristo instituyó el sacramento adorable de la Eucaristía (2). La vigilia del día de su muerte, hallándose en compañía de sus

(1) V. P. Lejeune, t. VIII, Sermón CCXVI; para el día de Navidad, *De los tres nacimientos del Hijo de Dios.*

(2) Luc., XXII.

apóstoles, tomó pan, lo bendijo y lo transformó en su cuerpo. Tomó vino, mezclado con una pequeña cantidad de agua, lo transformó en su sangre, y otorgó a todos los sacerdotes, en la persona de sus apóstoles, el poder de obrar el mismo milagro cuantas veces pronunciasen las mismas palabras : lo cual tiene lugar durante la Santa Misa, cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración. Debéis también saber que el Viernes Santo murió Jesucristo, es decir, murió como hombre, no como Dios, puesto que como Dios no podía morir ; que resucitó el santo día de Pascua, o sea que aquel día su alma volvió a unirse al cuerpo, y, después de haber permanecido cuarenta días en la tierra, subióse a los cielos el día de la Ascensión (1) ; que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles el día de Pentecostés. Es preciso que, si os preguntan cuándo fueron instituidos por Jesucristo los sacramentos, o cuándo comenzaron a obrar su efecto, esto es, cuándo comenzaron a comunicarnos la gracia, es necesario que sepáis contestar que ello no fué sino hasta después de Pentecostés. Si se os preguntase quién los instituyó, debéis responder que sólo Jesucristo pudo instituirlos : y, por lo tanto, ni la Santísima Virgen ni los apóstoles. Debéis saber cuántos son los sacramentos, cuáles son los efectos de cada uno, y cuáles las disposiciones especiales con que debemos recibirlos ; debéis saber que el del Bautismo borra en nosotros el pecado original, o sea el pecado de Adán que contrajimos al venir al mundo ; que el de la Confirmación es administrado por el Obispo, y en él recibimos el Espíritu Santo con la mayor abundancia de sus gracias ; que el de la Penitencia lo recibimos al confesarnos, y que, mientras el sacerdote nos da la absolución, si estamos bien dispuestos, quedan borrados todos nuestros pecados. En la Sagrada Euca-

(1) Act., I, 3, 9.

ristía, recibimos no a la Santísima Virgen, ni a los ángeles, ni a los santos, sino el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo. En cuanto Dios, recibimos con El a las tres Personas de la Santísima Trinidad : a saber, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y en cuanto hombre, recibimos al Hijo solamente : es decir, su cuerpo y su alma unidos a su divinidad. El sacramento de la Extremaunción es aquel que nos ayuda a bien morir, y está instituído para purificarnos de los pecados que con los sentidos cometimos. El del Orden comunica a los hombres el mismo poder que el Hijo de Dios confirió a sus apóstoles. Este sacramento fué instituído cuando Jesús dijo a los apóstoles : «Haced esto en memoria de mí (1), y, cuantas veces pronunciéis las mismas palabras, obraréis el mismo milagro». El sacramento del Matrimonio santifica a los cristianos que se unen según las leyes de la Iglesia y del Estado. Hay que observar, además, la gran diferencia que existe entre el sacramento de la Eucaristía y los demás. En aquél recibimos el Cuerpo adorable y la Sangre preciosa de Jesucristo, mientras que en los otros sólo recibimos la aplicación de su preciosa Sangre. Hay sacramentos de muertos y sacramentos de vivos. ¿Sabéis por qué al Bautismo, a la Penitencia y a veces a la Extremaunción se los llama sacramentos de muertos? Porque, al recibirlos, está nuestra alma muerta por el pecado. Tales sacramentos resucitan a nuestra alma por virtud de la gracia ; a los demás se los llama sacramentos de vivos..., porque hemos de estar en gracia para recibirlos, es decir, sin pecado. Debéis, finalmente, saber que, cuando Jesucristo sufrió en la cruz, no sufrieron ni murieron el Padre y el Espíritu Santo ; sólo padeció el Hijo, y no como Dios, sino como hombre.

Ahora bien, H. M., si os hubiese preguntado esto,

(1) Luc., XXI, 19.

¿me habríais contestado satisfactoriamente?... Si ignoráis cuanto os acabo de decir, carecéis de la suficiente instrucción para salvaros. Hemos dicho que los padres y cabezas de familia deben conocer, para salvarse, las obligaciones de su estado. Un padre, una madre, un amo, deben conocer las obligaciones que tienen para con sus hijos y criados; esto es, deben conocer perfectamente su religión para enseñarla a los hijos y a los servidores; de lo contrario serán unos desgraciados que habrán de caer en los abismos del infierno. ¡Ay! ¡cuántos padres y madres, cuántos amos y señoras que ni conocen lo más elemental de la religión, sumidos con sus hijos y domésticos en la más crasa ignorancia, aguardando sólo la hora de la muerte para verse arrojados al infierno! Dice San Pablo que aquel que desconoce sus deberes merece ser desconocido de Dios (1). Habréis de convenir conmigo en que todas esas personas son indignas de la absolución, y si la reciben, afean aún más su alma con el sacrilegio. ¡Oh Dios mío! ¡cuánta gente se condena por su ignorancia! Estoy persuadido de que este pecado condenará a muchos más que los otros juntos; puesto que una persona ignorante no sabe ni el mal que hace al pecar, ni el bien que pierde; ¡de manera que una persona ignorante es persona perdida!

2.º Digo que debe ser dilatada la absolución a aquellos que no dan muestra alguna de dolor: o sea que no manifiestan pesar alguno por los pecados cometidos. Por de pronto, la experiencia nos enseña que hemos de fiar muy poco en las protestas y promesas que en aquel momento se hacen. Todos nos dicen, en efecto, que les sabe mal haber ofendido a Dios, que quieren corregirse de veras, y que vienen a confesarse precisamente para esto. El sacerdote, creyéndolos sinceros, les da la abso-

(1) Si quis autem ignorat, ignorabitur (I Cor., XIV, 38).

lución. ¿Qué sale de todas aquellas resoluciones? Pues que, a los ocho días de ser absueltos, olvidaron ya todas sus promesas y retornaron a su vómito, es decir, a todas sus malas costumbres. De manera que las más expresivas protestas no llegan a ser pruebas suficientes de conversión. Nos dice Jesucristo que «por el fruto se conoce el árbol» (1); asimismo, sólo por el cambio de vida podrá conocerse si se tiene el arrepentimiento necesario para merecer la absolución. Cuando de veras se renuncia a los pecados, no hay bastante con llorarlos, sino que es preciso además renunciar, apartar, huir todo cuanto sea capaz de hacernos recaer: es decir, debemos estar dispuestos a arrostrarlo todo antes que caer nuevamente en los pecados que acabamos de confesar. Ha de observarse en nosotros una entera transformación, de lo contrario no habremos merecido la absolución, y se podrá creer con fundamento que nuestra confesión ha sido un sacrilegio. ¡Ay! ¡cuán escasos los que dan muestras de ese cambio, después de recibida la absolución!... ¡Cuántos sacrilegios, Dios mío!... ¡Ah! si de las treinta absoluciones que se conceden hubiese a lo menos una buena, presto el mundo quedaría convertido. Las personas que no dan suficientes señales de dolor, no merecen, pues, la absolución. ¡Ay! cuántas veces, al verse despedidas, ya no vuelven. Ello indica cuán débil era su deseo de convertirse, pues, de lo contrario, lejos de diferir la confesión para la otra Pascua, hubieran puesto todo su esfuerzo en cambiar de vida, para volver a reconciliarse con Dios.

3.º Digo que debe ser denegada la absolución a cuantos conserven el odio y el resentimiento en su corazón, y se resistan a perdonar o a dar los primeros pasos para reconciliarse con el enemigo; de manera, H. M., que debéis guardaros mucho de recibir la abso-

(1) *Ex fractu arbor agnoscitur* (Matth., XII, 33).